

OPINIÓN

EDITORIAL

Llama la atención la escasísima presencia de la Costa en la Misión de Sabios que ayer constituyó el presidente Duque. Sin caer en rancios provincianismos, debemos abrir una reflexión sobre esta situación.

¿Y los sabios costeños?

EL HERALDO

Diario de la Mañana
Fundado en 1933

Miembro de la SIP
y de AMI
Socio fundador
de Colprensa

Calle 53B N°46 - 25
Barranquilla
Apartado Aéreo 157
Tel. 3715000
Fax 3715091
Nit 890.100.477 8

DIRECTOR CONSEJO
Juan B. Fernández
Renowitzky

DIRECTOR GENERAL
Marco Schwartz Rodacki

En un país que navega entre la violencia y la corrupción, resulta balsámico escuchar que el Gobierno ha constituido una Misión de Sabios para orientar las políticas públicas en materia de educación, ciencia, tecnología e innovación para los próximos años.

La conformación del grupo fue anunciada ayer en un acto solemne en la Casa de Nariño, y lo primero que cabe decir, con base en las hojas de vida de los elegidos, es que son de científicos, humanistas, intelectuales y creadores de primer orden. Reconforta comprobar que, en medio de tanta desolación, el país cuenta con mentes lúcidas cuyo prestigio, en muchos casos, excede las fronteras nacionales.

Ahora bien, desde una perspectiva regional, llama la atención la escasísima presencia costeña en el selecto grupo. De los 43 integrantes, solo hay dos nacidos en el Caribe, ambos mujeres: la samaria María del Pilar Noriega y la barranquillera Adriana Ocampo. Y ninguna de las dos ha desarrollado su trayectoria en nuestra región.

Noriega ha dedicado gran parte de su carrera al estudio de los polímeros en el Instituto de Capacitación e Investigación del Plástico y del Caucho, en Medellín. Y Ocampo se marchó a los cuatro años de Barranquilla, adonde habían trasladado a su padre, y tras estudiar en varios países se convirtió en una importante científica de la Nasa.

No se trata, de buenas a primeras, de asumir una actitud victimista o de acusar al Gobierno de discriminación por la baja representación costeña en la Misión de Sabios. Pero si es necesario abrir una reflexión muy seria sobre la situación.

¿Qué sucede? ¿No hay suficientes candidatos de peso nacidos en la Costa y que, encima, estén desarrollando aquí su trabajo? De ser así, ¿a qué se debe? ¿En qué estaríamos fallando como sociedad? ¿Qué responsabilidad les cabría a nuestros líderes políticos, empresariales y cívicos?

Y si estamos ante un caso de exclusión injustificada por parte del centralismo bogotano, ¿no sería imperioso quejarse ante el Gobierno, teniendo en cuenta que las orienta-

ciones del grupo serán fundamentales para el diseño de las políticas públicas del país?

Llama la atención que en la web de Vicepresidencia se afirme que el trabajo se realizará "a través de los grupos de investigación de universidades como Eafit, Javeriana, Universidad Industrial de Santander, Universidad de Antioquia, Universidad de los Andes, Tadeo, Universidad del Rosario y Universidad Nacional". Si Uninorte está en esta lista, como se nos ha informado, ¿por qué no se le cita?

Lejos de nosotros está caer en un rancio provincianismo ante una selección que de ningún modo debe hacerse por cuotas territoriales. Solo pretendemos abrir el debate para averiguar si estamos haciendo algo mal.

¿Qué sucede?
¿No hay suficientes candidatos de peso nacidos en la Costa y que, encima, estén desarrollando aquí su trabajo? De ser así, ¿a qué se debe? ¿O estamos ante el clásico desdén por parte del centralismo?

Muere el río

Por María Fernanda Matus



El río Cauca es el segundo río más importante del país. En la actualidad, sufre una de las transformaciones más radicales de su historia. El flujo del río alcanza los niveles más bajos que se hayan registrado. La situación genera preocupación en la sociedad. Manda una señal de alerta, pero también de profunda tristeza. "Asesinaron el río Cauca". "Se vive un ecocidio". "Mayor crimen ambiental en la historia del país". "Mataron un río en complicidad con las instituciones". Son frases expresadas por personas de las comunidades cercanas al río y de algunas organizaciones ambientales. La realidad es que el río atraviesa una crisis que podría ser irreversible.

¿Para qué sirve el "desarrollo" si se atenta contra las comunidades más pobres y el futuro de todos? ¿Para qué sirve la energía si se destruye la vida? ¿Para qué sirve el derecho al territorio si no se respeta? ¿Para qué inventan que consultan a las comunidades sobre las decisiones que afectan el territorio si los desalojan sin compensación? ¿Para qué ocultan información? ¿Hidroituango es un megaproyecto del Estado o es un proyecto politizado y paramilitar? ¿Cuál es el verdadero fin del progreso? ¿Colombia es un país tan asesino que es capaz de masacrar un río?

Nacen preguntas sin respuestas claras. Es un sin fin de acertijos. El río Cauca se está muriendo, esa es una de las pocas verdades que conocemos sobre este proyecto que deja una crisis ambiental, social y cultural. Un proyecto que se llama a sí mismo "el más ambicioso" de la historia reciente del país. Un proyecto que lleva años planeándose y ha visto desde masacres hasta desastres naturales. Un proyecto que carga en sus hombros la maldición

del capitalismo salvaje y mafioso.

En Puerto Valdivia queda la sensación de un río ausente. Las aguas caudalosas ya no están. Los peces tratan de sobrevivir mientras que los pescadores y habitantes de la región están en un lugar que ya no es el suyo, en un lugar al cual no pertenecen. Varios de ellos afirman que el proyecto de Hidroituango era crónica de una muerte anunciada. Tratar de controlar al segundo río más importante del país —ese que estaba lleno de potencia, vida y fuerza— terminaría en tragedia.

El pasado colombiano demuestra que la explotación desmedida de los recursos naturales, esa hambre insaciable por controlar el territorio y hacer un festín de crueldad, afecta a los más vulnerables. Se supone que el "desarrollo" llega para beneficiar a la mayoría y ofrecer un futuro más digno para todos. Sin embargo, los hechos demuestran lo contrario. Ese supuesto "desarrollo" ha sido negligente y hasta asesino. Ha desplazado, amenazado y matado a miles de colombianos. Justificar las atrocidades que cometen, en nombre de las comunidades que atacan y tratan de destruir, es tan inaudito como el récord que dejan en la historia. Un récord de horror y barbarie.

Y sí, en Colombia el progreso es tan insostenible e inhumano que fue capaz de asesinar un río.

maria.matus.v@gmail.com
@MariaMatusV

#NosEstanMatando



Inseguridad

Por Iván Cancino



Diciembre de 2004. Colombia entera, avergonzada, le da la cara al mundo: el técnico campeón de la Copa Libertadores de América con el Once Caldas, Luis Fernando Montoya, ha sido baleado cerca de Medellín en un confuso atraco. El diagnóstico para el timonel nacional es demoledor: ha quedado cuadrupléjico. Solo un milagro hará que pueda volver a caminar (el milagro se está dando).

Febrero de 2019. Un asalto en las calles de la capital antioqueña ocasiona de nuevo una tragedia para una celebridad: el cantante y youtuber Fabio Legarda (29) ha sido asesinado. Todo parece indicar que una bala perdida ocasionó su muerte, que, en realidad, es la muestra fehaciente de la inseguridad que se vive en el país.

Antes de abandonar la Casa Nariño (jenerhorabuena!), a Juan Manuel Santos le dio por vendernos el cuento de que la Colombia que dejaba era una especie de paraíso, sin odios, sin crímenes y sin injusticias. Todo eso, claro está, gracias al "proceso de paz" entre su gobierno y la banda narcoterrorista de las Farc.

Pero qué va. Dolorosamente el nuestro es un país enfermo donde asesinar seres

humanos es algo relativamente normal. La seguridad en Colombia hace agua desde hace nueve años. En las grandes ciudades la gente sale de sus casas con una duda entendible: "¿Será que regresó?". Y si regresa, fácilmente lo puede hacer con una historia que contar: "Me atracaron" o "me robaron" en la calle o "me sacaron la billetera" en el autobús. La inseguridad campea en nuestra querida patria. Y los motivos son muchos. El primero, ese colombiano jodido y malacase que casi todos llevamos por dentro desde 1492 o antes. Y el segundo, el narcotráfico.

En su afán por darle gusto a los narcoterroristas, Santos suspendió las aspersiones aéreas y nuestro territorio se llenó de cultivos ilícitos, es decir, de cocaína. Y todos sabemos que la drogasa es el origen de cuantos males padecemos. Pasamos de ser un país exportadora consumidora de drogas. Y quien consume drogas es un enfermo y, lamentablemente, un delincuente en potencia.

Todo lo anterior lo tiene claro nuestro presidente Iván Duque, quien esta semana presentó la Política de Defensa y Seguridad para la Legalidad, el Emprendimiento y la Equidad. "Soy un fiel creyente (de) que el matrimonio perfecto entre Seguridad y Justicia edifica el concepto de legalidad" y "la seguridad no se puede confundir con guerra", indicó el gobernante desde Tolemaida.

Entonces, como era de esperarse, el ala mamerta —incluyase en ella a los vencidos en combate— se le vino encima al jefe de Estado. Le dijeron que estábamos volviendo a los tiempos del expresidente Álvaro Uribe, que la mano negra estaba cerca, en fin, que el paramilitarismo estaba de regreso al país del Sagrado Corazón.

¡Por Dios, qué comentarios tan absurdos! Un país sin seguridad está llamado al fracaso. Es inviable. No tengo la menor duda de que la seguridad y la paz van de la mano. La anarquía no conoce mucho de paz porque en ella todo es un despelote, estilo Venezuela. Y eso es lo que quieren los mamertos para Colombia. Pero no les permitiremos semejante exabrupto. Al contrario, el presidente Duque tiene el respaldo del 99.9% de los colombianos cuando de seguridad se trata.

P.D.: ¿En qué irá a terminar lo de Hidroituango? Que Dios nos coja confesados. Qué tal que la naturaleza, por las burradas de los hombres, nos vuelva a castigar con la segunda parte de Armero.

Coletila: Hoy me caso con el amor de mi vida. Les deseo a todos ustedes que encuentren ese amor que está más allá de toda comprensión.